

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 7

Animación y cooperación misioneras



Tema 1

LA ANIMACIÓN MISIONERA



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

PRESENTACIÓN

Ninguna Iglesia, si quiere realizarse como Iglesia de Cristo, puede encerrarse en sí misma, en sus problemas y necesidades, en sus alegrías y dones, en sus límites geográficos y humanos. Al contrario, si quiere estar en comunión, ha de salir de sus fronteras para hacerse presente de una forma activa y decidida en la evangelización universal y ha de abrir todas sus puertas y ventanas para que, por ellas, entre la brisa fresca y renovadora del paso de Dios por las Iglesias de otros pueblos, razas y culturas.

La razón de ser de esta exigencia es la misma naturaleza de la Iglesia, que es continuación sacramental de Jesucristo, el Enviado y el Misionero del Padre, y el mandato explícito de Jesús de extender la Buena Nueva del Evangelio hasta los confines de la tierra.

De esta manera, queda justificada la afirmación de Juan Pablo II cuando dice: *“Las Iglesias locales [...] han de incluir la animación misionera como un elemento primordial en las parroquias, asociaciones y grupos, especialmente juveniles”* (RM 83). Es importante recalcar dos palabras de la Encíclica: “elemento primordial”, que deberían estar muy presentes en la cabeza y en el corazón de todo agente pastoral; y más todavía si, en cualquier nivel, es pastor cualificado de la comunidad cristiana.

La animación misionera debe estar presente en cada una y en el conjunto de las acciones desarrolladas en el seno y en la vida de la Iglesia –universal, particular, local– con el fin de conseguir que *“toda ella sea misionera”* (AG 38), que toda la vida de la Iglesia, de todas y cada una de las comunidades eclesiales, esté impregnada del dinamismo misionero y camine por su historia concreta en tensión misionera, de forma que todos los creyentes en Cristo sientan *“como parte integrante de su fe la solicitud apostólica de transmitir a otros su alegría y su luz”*, solicitud que ha de ser *“hambre y sed de dar a conocer al Señor, cuando se mira hacia los inmensos horizontes del mundo cristiano”* (RM 40).

En el Congreso Nacional de Misiones celebrado en Burgos el año 2003, Mons. Castro Quiroga decía, a propósito de la animación misionera, que *“todos [los cristianos] están llamados a asumir las luchas misioneras pero es increíble cómo la conciencia misionera sea todavía tan minoritaria. De allí que se impone todo un esfuerzo de animación y formación misionera, porque el problema no es de falta de personas sino de falta de conciencia misionera. Si seguimos con la visión de la acción misionera como especialidad de un grupo muy experto, terminamos haciendo de la misión un espectáculo para admirar y no un campo de lucha en el que participar”* (CEM, Actas..., p. 87).

El mismo Mons. Castro Quiroga, insiste en la idea de que *hay que pasar de ser simples espectadores a verdaderos protagonistas y actores.*

Desde la realidad

1. ¿Cuál es la idea que predomina en la gente de las parroquias sobre las misiones?
2. ¿Qué atención se presta en la pastoral de tu diócesis a la misión *ad gentes*?
3. Los fieles de tu parroquia, ¿reconocen conscientemente que el bautismo y la confirmación les han constituido como misioneros?

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. ¿Qué es la animación misionera?

José Valdavida, en la Semana Misional de Burgos (julio 1991), definía la animación misionera con estas palabras: “La animación misionera es el ministerio eclesial que ayuda a la comunidad a hacerse disponible a la acción del Espíritu Santo y a aceptar la misión como parte esencial de su ser con normal apertura a la universalidad”.

1. Un ministerio eclesial. La animación misionera hay que concebirla como un servicio exigido por el mismo ser de la Iglesia para vivir su dimensión evangelizadora universal. De la misma manera que hay una preocupación de dar vida y alentar los diferentes ministerios, como la catequesis, la caridad, etc., las Iglesias locales deben parar mientes en este ministerio de la animación misionera como **elemento primordial** de su acción pastoral, y posibilitar su presencia y actividad en las parroquias y comunidades eclesiales.

Esto viene exigido por el mismo mandato de Jesús. Porque la Buena Nueva no es para unos pocos lugares o personas, sino para todos los pueblos: “**Id por todo el mundo y predicad el Evangelio...**”. Este mandato es la misión propia de todo bautizado en la Iglesia.

En *Redemptoris missio* se dice: “Por medio de los apóstoles la Iglesia recibió una misión universal, que no conoce confines y concierne a la salvación en toda su integridad, de conformidad con la plenitud de la vida que Cristo vino a traer (cf. Jn 10,10); ha sido enviada ‘para manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres y mujeres y a todos los pueblos’ (AG 10)” (RM 31).

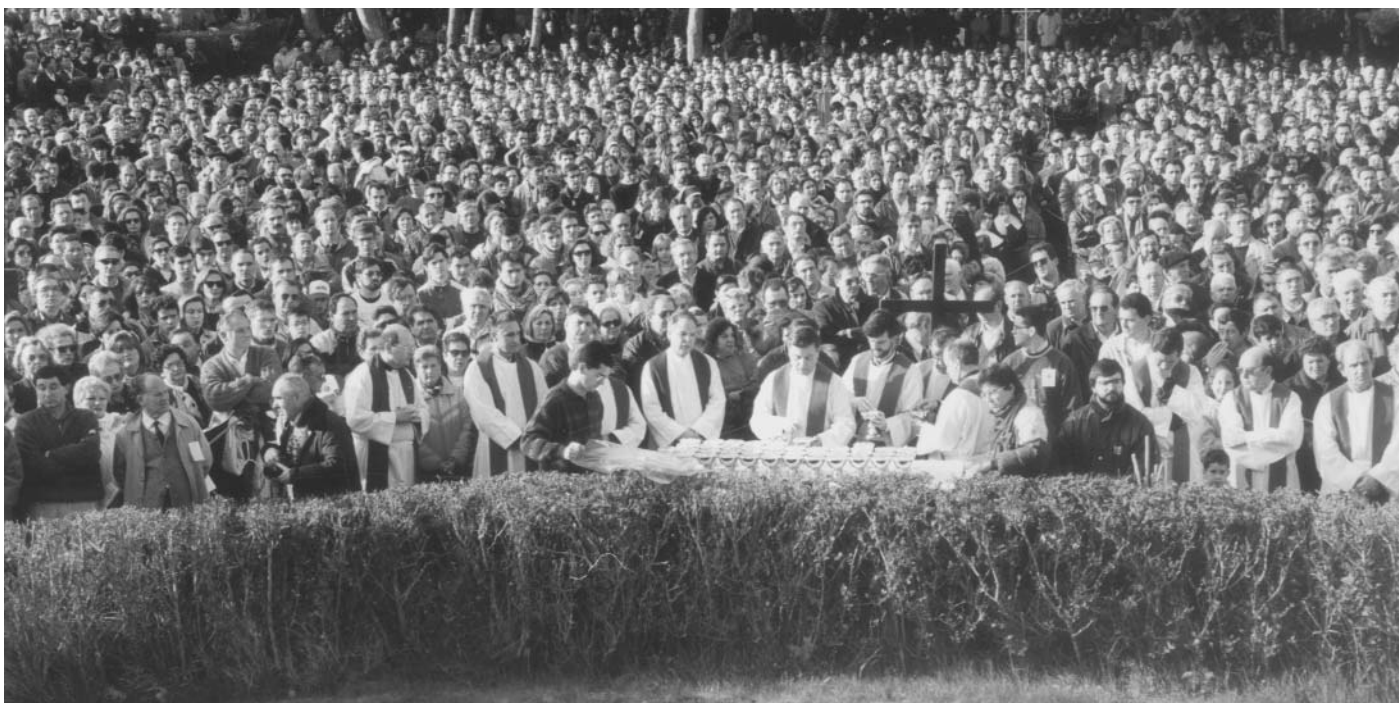
2. Ayuda a la comunidad a hacerse disponible a la acción del Espíritu. La animación misionera contribuye a la realización personal de la Iglesia, pues la primera beneficiada es la propia comunidad eclesial, al ayudarla a crecer en la conciencia misionera y a vivir con mayor intensidad su responsabilidad de proclamar el Evangelio a todas las gentes. De esta mane-

ra, también se evangeliza a sí misma “a través de una conversión y de una renovación constantes, para poder evangelizar al mundo de una manera creíble” (EN 15).

El que alienta y dirige la vida de la Iglesia es el Espíritu Santo: “Él es el protagonista de toda la misión eclesial” (RM 21) y, “mediante su acción, la Buena Nueva toma cuerpo en las conciencias y en los corazones humanos y se difunde en la historia” (DV 64); al mismo tiempo, “es el Espíritu quien impulsa a ir cada vez más lejos, no sólo en el sentido geográfico, sino también más allá de las barreras étnicas y religiosas, para una misión verdaderamente universal” (EN 15).



La comunidad eclesial no puede acomodarse, instalarse, sino que tiene que estar siempre disponible a los impulsos del Espíritu Santo que la mueve y la guía en su caminar, como inspirador de sus programas, de sus iniciativas y de su actividad evangelizadora.



3. Ayuda a la comunidad a aceptar la misión como parte esencial de su ser. La Iglesia, nacida de la acción evangelizadora de Jesucristo, es, a su vez, enviada por Él para continuar en el mundo su misión evangelizadora. Es por ello por lo que la vida íntima de la Iglesia *“no tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Nueva”* (EN 15); es entonces cuando la Iglesia vive la dicha y la vocación que le son propias, su identidad más profunda: evangelizar.

De ahí que, en la entraña de las comunidades y de sus miembros, es necesario que haya una convicción seriamente asumida de que *“evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado sino profundamente eclesial”* (EN 60).

Es bueno traer a colación el recuerdo de las primeras comunidades cristianas, donde, a pesar de todos los defectos que afloraban en su vida, resaltaba, no obstante, el testimonio de una vida nueva que tenía su base y fundamento en la fe de Jesucristo, que provocaba admiración –*“Mirad cómo se aman”*– y llamaba de forma interpeladora a la conversión.

4. Con normal apertura a la universalidad. *“Animación misionera es sin duda el arte pedagógico y pastoral de despertar admiración ante los valores misioneros encarnados en personas concretas, esto es, en mode-*

los misioneros, desde Pedro el pescador hasta Pablo el apóstol, desde una Teresa de Calcuta a un Padre Damían, desde un Mateo Ricci a un Roberto de Nobili [...]” (L. A. Castro Quiroga, en CEM, Actas..., p. 89).

La misión *ad gentes* *“es una actividad primaria de la Iglesia, una actividad esencial y nunca concluida, porque la Iglesia no puede sustraerse a la perenne misión de llevar el Evangelio a cuantos hombres y mujeres no conocen todavía a Cristo Redentor del hombre. Ésta es la responsabilidad más específicamente misionera que Jesús ha confiado y diariamente vuelve a confiar a su Iglesia”* (RM 50).

En esta apertura a la universalidad, en este deseo interior por llegar con la Buena Nueva del Evangelio hasta ilimitados horizontes, el cristiano encuentra su plena realización como ser-en-expansión, que no se deja encerrar por estrechos confines, que sabe mirar con amplitud de horizontes, que desafía los límites de todos los espacios y busca, con inquietud y creatividad, otear horizontes cada vez más abiertos.

“Es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio y por la fundación de nuevas Iglesias en los pueblos y grupos humanos donde no existen, porque ésta es la tarea primordial de la Iglesia, que ha sido enviada a todos los pueblos. Sin la misión ad gentes, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar” (RM 34).

II. Objetivos de la animación misionera

Toda animación misionera ha de orientarse hacia unos objetivos específicos que hagan posible la consecución del fin que se propone: lograr que en las comunidades cristianas nazca, crezca, se desarrolle y alimente la conciencia y responsabilidad misioneras.

La encíclica *Redemptoris Missio*, en el número 83, formula esta finalidad en los siguientes objetivos:

- Informar al Pueblo de Dios sobre la actividad misionera universal de la Iglesia.
- Formar al Pueblo de Dios en la dimensión misionera del ser cristiano.
- Promover en el Pueblo de Dios las vocaciones para la misión *ad gentes*.
- Suscitar en el Pueblo de Dios la cooperación para la evangelización universal.

Estos objetivos serán desarrollados en los siguientes temas de esta carpeta.

Ahora se comentará el contenido de esa finalidad de conseguir que en las comunidades cristianas y en



cada parroquia o grupo nazca, crezca, se desarrolle y alimente la conciencia y responsabilidad misioneras.

La comunidad cristiana necesita ser despertada y animada para asumir la tarea de la misión; de lo contrario, corre el riesgo de instalarse, de acomodarse, de conformarse y, por otro lado, de no estar disponible a la acción del Espíritu Santo, a lo que pida e indique. Hay el peligro del miedo a tomar iniciativas, cuando se ve la situación demasiado difícil o porque exige demasiado compromiso y riesgo. Ese miedo, que tiene todas las características de ser la actitud de nuestro tiempo (recordemos las reiteradas llamadas de Juan Pablo II en sus mensajes: “No tengáis miedo...”), este miedo frena y obstaculiza la tarea misionera y también la tarea pastoral de las parroquias y de las Iglesias locales. Ahí está en juego lo esencial de la misión, como es la urgencia de salir, de ir al encuentro, que es constitutiva de la misión.

La nueva acción misionera necesita una animación misionera que responda a una nueva universalidad geográfica del primer anuncio, a las necesidades actuales, a los nuevos retos que se presentan en el mundo. Por eso hay que despertar a la comunidad cristiana, a parroquias y diócesis, y prepararlas para la novedad de evangelizar a los que no conocen el Evangelio y a los que han sido insuficientemente evangelizados.

La animación misionera se encuentra ante la necesidad añadida por la novedad del momento. Ante los cambios que se producen hay que poner atención para estar preparados a las nuevas adaptaciones. La animación misionera necesita verdaderos vigías, verdaderos centinelas de la mañana (cf. *Diccionario de Misionología...*, pp. 81-2).

La animación misionera tiene que alimentar y dar sentido a la pastoral de las comunidades cristianas, para que tengan vida y comuniquen esta vida. Esto es posible si se descubre el sentido del Evangelio como la Buena Noticia, como la Noticia que nos trae la alegría de sentirnos amados de Dios, regalo que merecemos en la medida en que lo sabemos compartir con aquellos que aún no le conocen.

Para la reflexión personal

“**D**ice una leyenda que cuando Jesús llegó al cielo después de su vida en la tierra, fue saludado con entusiasmo infinito por los ángeles. Luego le preguntaron a quién dejó en la tierra para que continuara su obra. Él respondió: ‘A un grupo pequeño de hombres y de mujeres que me aman’. ‘¿Sólo eso?’, replicaron los ángeles. ‘¿Y si ellos fallan de algún modo?’. ‘Pues yo no planeé nada más’.

[...] El apóstol tiene conciencia clara de ser un enviado al ámbito público para continuar la misión de Jesús en medio de sus hermanos”.

(Luis A. Castro Quiroga, Congreso Nacional de Misiones, Burgos, 2003; en CEM, *Actas...*, p. 90).

Cuando se ama de verdad a Jesucristo, uno no puede quedarse indiferente ante la realidad de la misión. Amar a Jesucristo significa que nos hemos tomado en serio su Palabra.

- ¿Existe inquietud misionera en tu parroquia, en tu comunidad o grupo?
- ¿Cómo recobrar la identidad que nos da el ser bautizados cara a la misión?
- ¿Es importante y necesaria la animación misionera?
- ¿Cuáles son los riesgos de hoy día para llevarla a cabo?
- Reflexionar: Hechos de los Apóstoles 16,6-12.

Para el trabajo en grupos

- 1** Compartid cómo se viven las jornadas misioneras a lo largo del año, cómo se preparan a nivel de parroquia o comunidad cristiana y en la diócesis, y cuál es el resultado.
- 2** ¿Qué se puede hacer para crear conciencia misionera entre todos los cristianos de la comunidad o parroquia, y para que esta conciencia esté presente en el trabajo pastoral, de modo que dé más vida?
- 3** Sucede, a veces, que tenemos miedo a que nuestra colaboración con la misión pueda significar como una sangría que reste vida a la comunidad o parroquia. ¿Qué pensáis de esta situación? ¿Se da?
- 4** Reflexionar: Hechos de los Apóstoles 2,42-47 y 4,32-33. La comunidad cristiana da testimonio de Jesús resucitado con alegría. ¿Vivís vosotros con esta alegría la fe y la adhesión a Jesucristo?

ASÍ DESCUBRIMOS QUE ERA POSIBLE SER MISIONEROS

Llevábamos cuatro años saliendo juntos. Pronto íbamos a terminar nuestros respectivos estudios de Magisterio y Enfermería. Como todos, como cualquiera, soñábamos expectantes nuestro futuro: encontraríamos trabajo..., podríamos pronto vivir juntos..., ¿dónde?... Como todos..., como cualquiera.

¡Vida no tenemos más que una, y merece la pena saber cómo gastarla! Esta frase, como otras muchas, se grabó en nuestra mente. Sin desmerecer nada ni a nadie, queríamos iniciar nuestra “vida adulta” con algo que mereciese la pena. Algo por lo cual no importase arriesgar. Veinte y escasos años... Una aventura que marcara positivamente nuestra vida.

El final de curso llegó, pasó el verano y, con gran fortuna, teníamos trabajo en septiembre. Un buen trabajo: jóvenes con problemas con la justicia. Crear y generar espacios de inserción para adolescentes con verdaderas dificultades... Pero todavía buscábamos aquello que nos exigiera el “todo”. Que nos implicase de raíz, que nos *marcase*.

No recuerdo de quién fue la idea de invitarnos a escuchar una conferencia, ni conocíamos a la señora del público que hacía esta interrupción al conferenciante: “... Mi problema es otro: llevo dieciocho años en Centroamérica, soy laica, y he tenido que volver porque he de cotizar para mi jubilación”. Sin embargo, la aguardamos a la salida de la sala. Así descubrimos que iera posible, como laicos, ser misioneros!

Conocimos OCASHA y con ella nuestros límites y potencialidades de darnos, por entero, unos años, a pueblos y her-

manos que desean compartir con nosotros. ¡Claro que nos casamos!; como muestra de la apertura del amor matrimonial, queríamos compartirlo de forma universal. Un año de preparación de algunos fines de semana, un intensivo curso de tres meses en Madrid, y al altiplano andino. Siempre nos sentiremos privilegiados porque Dios quiso obsequiarnos con un don tan importante. Ni habíamos sido los primeros de la promoción, ni éramos brillantes, simpáticos o líderes de pandilla... y allí estábamos, recibiendo constantemente de los dones del pueblo quechua. Ya son tres intensos años de compartir alegrías y esperanzas, de sueños y luchas por crear un mundo mejor, un mundo más parecido al que nos dejó Dios en la creación.

¿Problemas? Los habituales en cada ocasión: nada que el tiempo y la paciencia no nos ayuden a mejorar. ¿Dificultades? Las propias de aquellos que, creyéndose el centro del mundo, necesitan para situar al otro, al pobre, en lugar de nosotros. Y... ¿cuánto perdimos?; no, disculpa, ¡cuánto ganamos! Sí, fue más que una aventura al inicio de nuestra vida juntos; más que una experiencia al adentrarnos en nuestra condición de adultos; más que una “marca” de un tipo determinado de vida. Tres años de misioneros a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, en el altiplano peruano, han sido los grandes ejes que Dios nos ha regalado para que nuestra vida tenga sentido.

UN MATRIMONIO

OCASHA-Cristianos con el Sur

ORACIÓN

Abrimos el corazón a Dios en la certeza de que es el Espíritu quien pone en nuestros labios la siguiente plegaria:

*Gracias, Señor, porque nos has introducido en tu Iglesia;
esta Iglesia viva que lleva la buena noticia de tu salvación a todos, en toda la tierra.
El Espíritu Santo, que enviaste primero para preparar tu salvación
y después para continuar tu tarea, nos acompaña.
Nos lo has dicho sencillamente con los primeros sacramentos:
el bautismo y la confirmación.
Nos lo dices constantemente con los sacramentos del perdón
y con el memorial eucarístico.*

*Queremos escuchar el envío que nos haces
para dar buen testimonio de tu poder salvador.
El poder que se manifestó en tus apariciones de resurrección.*

*Un día llamaste, Señor, a la comunidad de Antioquía
a compartir sus ministros con el mundo (Hch 13,1-3).
Separaste y enviaste a Bernabé y Pablo al Asia Menor para difundir la Buena Nueva.
Con la oración y el ayuno de la comunidad, con la imposición de manos,
les diste el Espíritu de testimonio, valiente y generoso.
Concede a nuestra comunidad eclesial esta solidaridad
con las regiones que carecen de Iglesias locales
o de pastores suficientes y servidores preparados.*

*Anima a nuestra comunidad a colaborar en la misión
que confiaste a tus discípulos para toda la historia humana,
que continúa en nuestros días.*

*Que nuestra comunidad contribuya siempre a la causa del Evangelio,
como hacía la joven comunidad de Filipos en Macedonia (Flp 1,1-11).*

*Nos cuenta San Lucas en los Hechos cómo les dirigía el Espíritu de Jesús:
"porque el Espíritu Santo les había impedido que predicasen la Palabra en Asia",
"pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió",
"convencidos de que Dios nos llamaba para anunciarles la Buena Nueva".*

*El Espíritu con que acompañas y guías a tus enviados nos guíe a nosotros
en toda tarea de animación misionera que nos confíes, ¡oh, Señor!*